

Manías y rasgos raros de grandes hombres

Podrá no ser verdad dicho aquel de que de sabios y de locos todos tenemos un poco; pero sí lo es que muchos sabios y grandes artistas han tenido de locos, no un poco, sino mucho.

La locura más frecuente entre los grandes genios es la del orgullo, acompañada generalmente de manía persecutoria. El mismo Newton, según se dice, sufría verdaderos accesos de furia cuando se hablaba de sus contradictores científicos. El poeta Lucio no se dignaba levantarse cuando Julio César entraba en la asamblea de los poetas, porque se creía el mejor vate de su tiempo. De Malherbe se cuenta algo parecido. Un día que la princesa de Conti le prometió enseñarle los



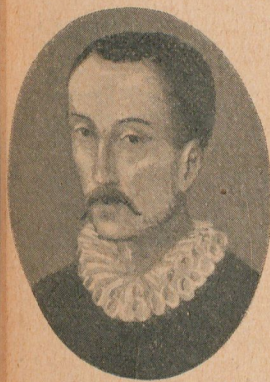
Cardano

entonces, fué su preocupación constante lo que la Iglesia pudiera pensar acerca de la obra, y cuando el tribunal de la Inquisición declaró que no veía en ella nada censurable, creyó que todo era cosa de enemigos ocultos, y no pensaba más que en asechanzas y conatos de envenenamiento. En cierta ocasión, hallándose en los salones de la duquesa de Urbino, le pareció que un criado le miraba de reojo, y en el acto tiró de la daga y se lanzó sobre él para matarlo.

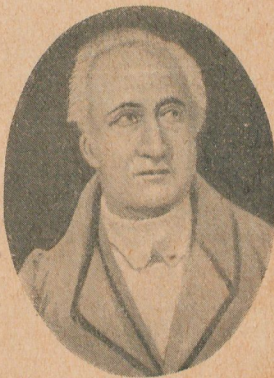
No hizo falta más para que el Tasso, que, en efecto, contaba más de un enemigo, aunque no de la índole que él supo-

más hermosos versos del mundo, contestó sonriendo: "Ya los conozco, pues sí, como decís, son los más hermosos, sin duda los he escrito yo." Víctor Hugo fué también por algún tiempo obsesionado por la idea de que era, no sólo el más grande de los versificadores, sino el más grande de los hombres, y en algunos de sus versos se declara instrumento de Dios para cantar sus maravillas.

*Cómo se volvió loco el Tasso.*—Tasso y Cardano también se creían inspirados por Dios. El primero estaba tan firmemente persuadido de ello, que tomó muy á mal que le dijese que su "Jerusalén libertada" no era tan ortodoxa como debiera serlo un poema escrito por un católico. Desde



El Tasso, por Alejandro Allori



Goethe

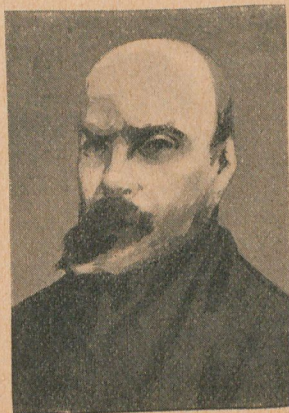
na, fuese encerrado en estrecha celda de una casa de orates.

*El séptimo genio.*—Otra celebridad italiana, el matemático y físico Cardano, decía ser el séptimo genio de la creación, añadiendo que hombres de su clase, sólo nacía uno cada diez siglos. Pretendía haber aprendido el griego y el latín en tres días, que había resuelto cuarenta mil problemas y que era autor de doscientos mil descubrimientos. Todo esto le pareció un día poco, y empezó á proclamar que había muerto y resucitado y otros disparates por el estilo.

Como á Tasso, la manía persecutoria no dejaba vivir á Cardano. Según él, media Europa estaba en contra suya, y en cierta ocasión no vaciló en acusar á todo el claustro

de la universidad de Padua, de que trataba de envenenarle. Para librarse de supuestos ataques, que nunca llegaban, iba vestido de cuero desde la cabeza á los pies, y por la noche, en vez de quedarse durmiendo en su casa, se echaba á la calle armado hasta los dientes y con un antifaz negro, á fin de no ser reconocido. Una de las manías era usar zapatos con suela de plomo de ocho libras de peso.

*El que se creía Dios.*—La manía de las grandezas es también frecuente en los grandes genios. El poeta Lenan, en un acceso de delirio, se creyó rey de Hungría. Wezel, famoso novelista alemán, fué aún más allá: le pareció poco ser rey, y dijo que era el mismo Dios. Las ediciones de sus no-



Verlaine, retrato por Chantalat

(Sigue en la pág. 133).